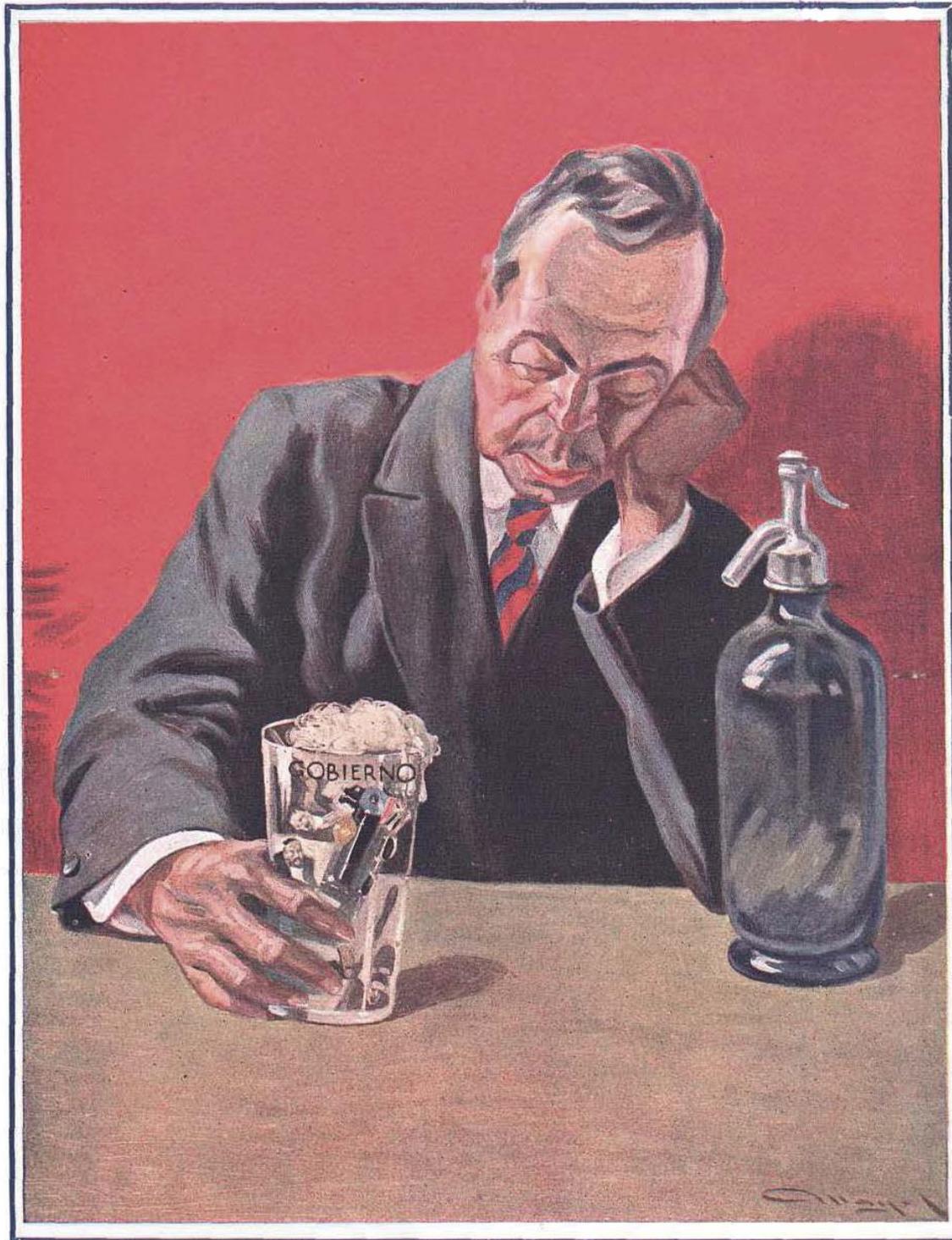


CARAS y CARETAS



AMARGURAS DEL PODER

Irigoyen. — ¡Qué desagradable me va resultando esta bebida! En cuanto entra en efervescencia, es imposible tomarla. ¡Esto no lo traga nadie; ni con soda!

Un domingo en la sierra



ESDE las primeras horas de la mañana, el paisaje demostraba intensa alegría. Por las carreteras de Dolores y Capilla del Monte, cruzaban jinetes empilchados con las mejores prendas del baúl. El



Las tribunas populares, a mate corrido.



La largada.

salude era una guiñada hacia la cabalgadura o una promesa de puntualidad.

Se oficiaba en Capilla y en Dolores, y los paisanos llegaban a la puerta de la iglesia sin decidirse a entrar.

Cuando terminaron las ceremonias, supimos la razón de la inquietud de los hombres.

Habían organizado carreras para la tarde y se prometían unas horas de regocijo a costa de las prezas de las bestias que montaban.

— ¿Vais a llevar el overo?
 — No, el malacara.
 — ¡Ah! Voy dos pesos al malacara, entonces, a fe corra con *quienquiera*.
 — No elejís mal, no.
 — Sí, pue. El señor aquí me va pagar por adelantao el alquiler del cabaño para jugarle fuerte...

— Entonces a mi también para no hacer mal papel.

Con los mismos guías que tan indirectamente nos invitaban a participar del juego, fuimos a la una a la cancha.

Dos senderos como dos rayas trazadas en la gramilla marcaban las distancias de los desafíos. Liso el valle, partiendo de un alambrado tendido sobre un campo quebradizo, terminaba en la falda de dos cuchillas que parecían dos vallas infranqueables. Junto al alambrado mujeres, chicos, gente ganosa de aplaudir las hazañas de los jinetes. En el lugar de la largada un centenar de hombres venido de muchas leguas a la redonda, aun con el cansancio



Espectadores que no juegan. Los tres viejos de apellido Queveño; son los más afamados rancheros del pago.

del galope. Y en el fondo, en el sitio de las banderas, el juez de raya, el almancenero del pago, eriollo para mayor casualidad.

Ningún soldado. Se «bastaba» el comisario, a quien los paisanos llamaban por su nombre de pila, porque muchos le habían *rebenqueado* cuando chico, y, sin miras de ser comisario, traveseara como cualquier hijo de vecino.

Una que otra vieja en animada tertulia cebaba mate, que se lo disputaban los corredores de su «conocencia». Ninguna otra bebida quitaba la sed de los jinetes.

El rayero, impasible, esperaba la «buena» que se preparaba largo rato cansando los animales en arracadas cortas que servían a los jugadores para reforzar sus apuestas.

Silenciosamente los espectadores cambiaban de opinión o reforzaban sus palpitos a la vista de los corredores.

Todos se sabían engañados, porque la habilidad de los jinetes se apreciaba en el fingimiento o encubrimiento de las fuerzas de su animal. Pero calculaban sobre la manera de correr, pararse o arrancar.

Un gaucho de los que quedan pocos. Adolfo Echeverría, de 86 años de edad. Fue soldado de Rozas, matrero y ahora presta dinero a interés.

Ningún grito destemplado, ningún alarido, ningún tono agudo.

El serrapo, que habitualmente habla despacio, hace sus apuestas casi en secreto.

— Un peso al tordillo.
 — ¿No quiero ir a medias tres pesos al azulajo?

— No le tengo fe... Che, Arsenio, cuídame la apuesta que hice, ¿lois?

— ¡Ya sé!... No va que lo llevo dos al contrario.

Y cuando los corredores arrancan de verdad, nadie grita, ni azuza. La emoción va por dentro.

El juez de raya, que durante





El más joven y el más intrépido de los corredores, en pose de personaje.

dos horas recibe el sol de plano, en el mismo lugar, ni se mueve. Su voz se oye si alguno discute el resultado; pero no habiendo reparos, paga el perdedor sin inmutarse, y cambia caballo o se retira de la pista.

Unas carreras de entrerrianos, correntinos o porteños atronaría las sierras con las voces de los cien espectadores. Los serranos no alborotan. Juegan, ganan o pierden en silencio.

Los que solamente apuestan, generalmente los más ricos, pasean su figura por la cancha, luciendo su rico poncho, su chambergo, el plateado de las monturas.

Los muy pobres miran de lejos sin hacer una apuesta. Y las mujeres, ni rien ni se indignan, observan, y hablan de vez en cuando entre ellas.

Pero lo que más sorpresa causa es que las carreras se hacen con los mismos caballos que al día siguiente tiran de los carros o sirven para regocijo de los visitantes de la sierra. Caballos que parecen andar por fuerza: perezosos, fríos, cansados.

Cuando veíamos aprontar la carrera a los guías de la mañana, sobre los mismos caballos que nos parecían imposibles, quisimos reír, pero los corredores partieron, y los apáticos caballos de la mañana corrieron como flechas.

Cuando regresaban, incrédulos preguntamos.

— ¿Eran el bayo y el rosillo?

Y con sorna los serranos respondieron indiferentes.

— Los mismos, únicamente que conocieron al dueño. Bajaban las sombras de la noche por los caminos cuando los grupos se dispersaron.

Hacia las lomas altas se dirigían muchos, para llegar a medianoche a sus casas. Sus caballos no erran pie por los senderos. Hacia el almacén del rayero los menos, los gananciosos.

Pero todos en silencio, o comentando muy quedamente, las peripecias de ese domingo que habría de vivir en el recuerdo de todos hasta otro en que también hubiese carreras al amparo de los oficios religiosos de por la mañana.



El rayero.

F. DEFILIPPIS NOVOA.

Dolores, Estación San Esteban, F. C. A. del Norte.



Investigación:

www.capillasytemplos.com.ar

Fuente de consulta:

“Un domingo en las sierras”

Francisco Defilippis Novoa

Revista “Caras y Caretas” N°987 del 01 de setiembre de 1917